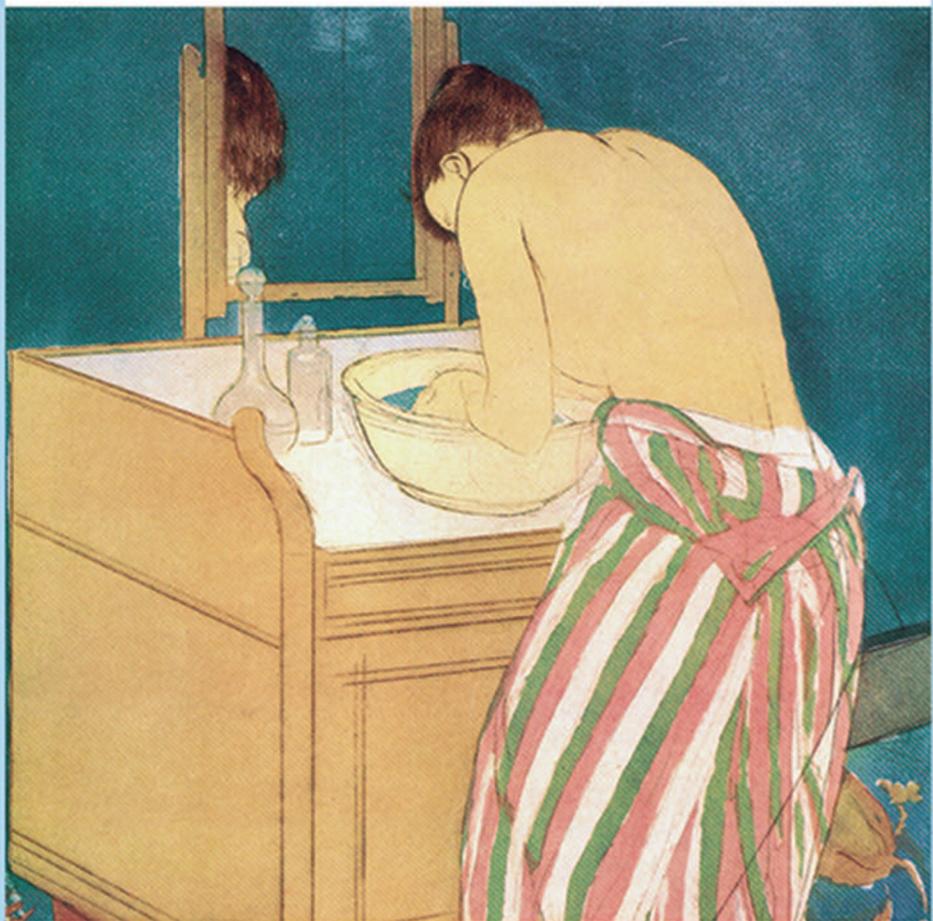


YOKO OGAWA

El embarazo de mi hermana



El embarazo de mi hermana

COLECCIÓN
LITERADURA

Yoko Ogawa

El embarazo de mi hermana

Traducción y postfacio de Yoshiko Sugiyama

Ilustraciones de Aifos Álvarez



Primera edición: septiembre de 2006

Segunda edición: febrero de 2009

Tercera edición: abril de 2019

Título original: *Ninshin Karenda* (1991)

© Yoko Ogawa, 1991, 2019

*Edición original japonesa publicada por Bungeishunju Ltd.
Derechos de traducción acordados con Yoko Ogawa
a través del Japan Foreign Rights Center y Ute Korner Literary Agent, S.L.
www.uklitag.com*

© de la traducción y del postfacio, Yoshiko Sugiyama, 2006, 2019

© de las ilustraciones interiores, Aifos Álvarez, 2006, 2019

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2019

c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-120190-3-2

Dep. Legal: M-14384-2019

Motivo de la cubierta: Mary Cassat, *The Bath* (1890-1891)

Producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.



29 de diciembre
(Lunes)

Mi hermana mayor ha ido a la clínica M.

Como no la ha tratado apenas ningún médico que no sea el doctor Nikaido, estaba muy angustiada. Mientras rezongaba diciendo: «No sé qué ropa ponerme», «No sé si seré capaz de hablar bien delante de un médico al que no conozco», por fin ha llegado el momento de la última consulta del año.

—¿Cuántos meses de la «gráfica de temperatura basal» habrá que enseñarle, lo sabes tú? —me ha preguntado esta mañana mirándome hacia arriba, distraída, sin hacer ademán de levantarse de la mesa del desayuno.

—¿No será mejor enseñarle todo lo que tengas? —le he contestado.

—Pero, si llevo todo lo que tengo, son dos años, es decir, ¡veinticuatro hojas! —ha exclamado con voz aguda, y ha empezado a remover el yogur con la cucharilla—. La parte relacionada con el embarazo son solo unos pocos días, me parece que será suficiente enseñarle la hoja de este mes.

—¿Pero no es una pena no llevarlo? Al fin y al cabo, has estado anotándolo todo sin falta durante estos dos años.

—Me siento ridícula imaginando que el médico hojeará las veinticuatro hojas de la gráfica delante de mí. Es como si mirara de modo indiscreto todo el proceso hasta mi embarazo.

Mi hermana ha contemplado el yogur en la punta de la cucharilla. Es una masa blanca, opaca y espesa, y, mientras brilla, se va derramando.

—Le estás dando demasiada importancia. La gráfica no es más que un conjunto de datos —le he dicho tapan-do el tarro de yogur y metiéndolo en el frigorífico.

Finalmente, mi hermana ha decidido llevar todas las gráficas, aunque le ha sido muy difícil dar con las veinticuatro hojas.

Y es que a pesar de haberse tomado la temperatura escrupulosamente cada mañana, no ha puesto la misma atención en ordenar las hojas. Debían de estar en el dormitorio y se han extraviado por el revistero o encima de la mesita del teléfono. En mis quehaceres cotidianos a menudo me aparecen de repente con sus líneas zigzagueantes. Ahora que lo pienso, es muy extraño que a veces, hojeando un periódico o hablando por teléfono, me diga: «Mira, así que ese día tuvo su ovulación», o bien: «Este mes le duró mucho la temperatura mínima».

Mi hermana las ha buscado por todas partes, y le ha costado reunir las veinticuatro hojas con los datos.

Ella ha elegido la clínica M. por motivos sentimentales. Yo le he aconsejado que fuera a un hospital más grande y que estuviera bien equipado, pero ella ha insistido diciendo:

—Desde pequeña decidí que, si algún día daba a luz, sería en la clínica M.

La clínica M. era una clínica privada ginecológica que había sido fundada en la época de nuestro abuelo. Solíamos colarnos en su patio para jugar. Era un edificio de madera de dos plantas; visto desde la calle parecía

algo decadente, debido a las paredes cubiertas de musgo, a las letras borrosas del letrero y a los cristales empañados; pero, si se entraba desde la parte trasera al patio interior, los rayos de sol lo hacían muy luminoso. Aquel contraste no dejaba nunca de sorprendernos.

El patio estaba cubierto por un césped bien cuidado donde jugábamos a revolcarnos. El color verde de las puntas de las briznas de hierba y el brillo de los rayos del sol me ofuscaban, sucesivamente, la visión. Luego, poco a poco, se iba mezclando el verde y el resplandor en el fondo de mis ojos, convirtiéndose en un azul añil. Entonces, podía sentir que el cielo, el viento y la tierra se alejaban de mí, y yo me quedaba como suspendida en el aire. Me encantaba ese momento.

Sin embargo, el juego que de verdad nos entusiasmaba era mirar a hurtadillas lo que ocurría dentro de la clínica. Colocábamos como si fueran un poyete las cajas de cartón de las gasas o del algodón que andaban tiradas por el jardín, y desde allí nos asomábamos a la sala de consulta a través de las ventanas.

—Nos van a regañar si nos pillan —decía yo, que era más cobarde que mi hermana.

—No te preocupes. Como todavía somos pequeñas, no será para tanto —me contestaba ella con calma, enjugando los cristales empañados por nuestra respiración con la bocamanga de la blusa.

Al acercar la cara a la ventana, olía a pintura blanca. Aquel olor, que parecía herirme ligeramente el fondo de la nariz, está dentro de mí unido a la clínica M. y no ha llegado a desaparecer cuando me he ido haciendo mayor. Siempre que huelo a pintura, inevitablemente me acuerdo de la clínica M.

Antes de empezar el horario de consulta vespertino apenas había gente, con lo que podíamos mirar tranquilamente por todos los rincones.

Para mí, los distintos tipos de frasquitos que estaban encima de las bandejas ovales eran especialmente misteriosos. Las tapas de cristal de los frasquitos no eran ni de corona ni de tornillo, sino simplemente a presión. Me moría de ganas de abrirlos. Todos los frasquitos eran de color oscuro, marrón, púrpura o carmesí según el líquido del interior. Cuando el sol daba en los frasquitos, podía verse el líquido, misteriosamente transparente, como si estuviera temblando.

Encima de la mesa del doctor, colocados de cualquier manera, estaban el fonendoscopio, las pinzas y el medidor de tensión. Los tubos delgados y retorcidos, el brillo opaco de los aparatos plateados y las bolsas de goma en forma de pera parecían extraños insectos. Las letras escritas en las hojas de los historiales clínicos tenían una belleza secreta y turbadora.

Al lado de la mesa, había una cama sencilla cubierta por una sábana tiesa y desteñida por tantos lavados, y, en el centro, una almohada cuadrada. Yo imaginaba cómo me sentiría colocando la cabeza sobre esa almohada de forma extraña y aparentemente dura.

En la pared había colgada una fotografía que rezaba «Ejercicios para corregir la posición del feto». Una mujer con mallas negras apretaba el pecho contra el suelo doblando la cintura. Las mallas le ceñían tanto las piernas que me parecía que estuviese desnuda. Ella miraba a lo lejos, extraviada, desde el cartel amarillento.

El sonido del timbre de una escuela, que no sabíamos de dónde salía, nos indicaba que pronto sería la hora de comenzar las consultas de la tarde. Cuando desde la puerta del fondo se oían los pasos de las enfermeras que

habían terminado de comer, nosotras teníamos que dejarlo todo y retirarnos.

—Oye, ¿sabes tú qué hay en el primer y segundo piso? —le pregunté una vez a mi hermana.

Entonces ella me contestó con tono decidido como si ya hubiera estado mirando dentro:

—Hay habitaciones para pacientes, salas para recién nacidos y un comedor.

A veces podían verse algunas mujeres contemplando el panorama desde las ventanas del segundo piso. Se trataba seguramente de mujeres que acababan de dar a luz. Todas sin maquillar, con una bata gruesa y el pelo recogido. Detrás de las orejas ondeaban ligeramente algunos mechones de cabello suelto. Casi siempre parecían inexpresivas y abstraídas.

¿Por qué no parecen contentas a pesar de que pueden dormir encima de la sala de consulta llena de cosas tan fascinantes?, pensaba yo en aquella época.

El que mi hermana haya insistido tanto en dar a luz en la clínica M. se debe a que también debió de quedar fascinada cuando era niña. ¿También se pondrá una bata y se atará el cabello, mirando el césped desde

la ventana del segundo piso, con la cara pálida y las mejillas frías?

Si yo no hago algo, no habrá quien se oponga a mi hermana. Mi cuñado, como siempre, ha opinado de una manera evasiva:

—Está muy cerca y se puede ir andando, me parece bien...

Mi hermana ha vuelto a casa antes de la hora de comer, cuando yo me iba a trabajar, y nos hemos encontrado un momento en el recibidor.

—¿Qué tal ha ido?

—Estoy de dos meses y medio. Justo en la sexta semana.

—¡Vaya! ¿Y se puede saber con tanta precisión?

—Sí, gracias a la gráfica que he estado haciendo, hoja a hoja.

Me lo ha dicho mientras caminaba hacia el fondo de la casa y se quitaba el abrigo. No me ha parecido especialmente emocionada.

Este intercambio de palabras me ha dejado indiferente, más bien parecía que hubiéramos dicho:

—¿Qué hay para cenar?

—*Bouillabaisse*.

—¿Ah, sí?

—Es que los calamares y las almejas estaban baratos. Así que he olvidado incluso darle la «enhorabuena».

Pero ¿de verdad el nacimiento del hijo de mi hermana y de mi cuñado es un asunto que merezca una enhorabuena? He buscado en el diccionario la palabra «Enhorabuena»: <*exclam.*> *Expresión de felicitación*.

—Así que la palabra en sí no tiene ningún significado... —murmuro, siguiendo con el dedo la línea con palabras cuyas letras denotan algo tan ajeno a cualquier deseo de felicitar.